

A black and white photograph of Bohumil Hrabal, an elderly man with thinning hair, wearing a dark sweater over a collared shirt. He is seated at a table, looking directly at the camera with a neutral expression. The background consists of vertical wooden paneling.

MONIKA ZGUSTOVA

Los frutos amargos del jardín de las delicias

Vida y obra de Bohumil Hrabal

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Monika Zgustova

Los frutos amargos
del jardín de las delicias

Vida y obra de Bohumil Hrabal

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

PRÓLOGO

Leyendo *Los frutos amargos del jardín de las delicias*

Durante más de tres décadas fui amigo de Bohumil Hrabal. Cuando nos encontramos por primera vez, él me doblaba la edad. Tuvo una vida rica en experiencias: se dedicó a las profesiones más diversas, sufrió la guerra y los excesos del estalinismo de los años cincuenta. Su mirada sobre la vida era serena y sabia; en comparación con él, yo, un muchacho de buena familia burguesa que nunca dejó de protegerme, sabía muy poco sobre la vida y sus recovecos. A pesar de ser un director de cine con los estudios acabados, al lado de Hrabal no fui más que un niño ingenuo.

Durante nuestra primera conversación le planteé una cuestión que me daba vueltas por la cabeza: ¿por qué sus textos, sin perder el sentido del humor, están poblados de catástrofes, heridas y accidentes, o sea de acontecimientos de los que las personas débiles como yo generalmente apartan la vista? ¿Cómo es que al leer sobre esas tragedias se me llenan los ojos de lágrimas y al mismo tiempo hay algo en ellas que me hace reír? ¿Cómo es que no puedo dejar de sonreír ante lo funesto y penoso en su obra, y a pesar de ello no tengo la sensación de ser un cínico? Él me contestó que las catástrofes, las tragedias y la muerte forman parte de la vida, son la otra cara de la moneda y si no las advirtiéramos no podríamos apreciar el hecho de vivir y alegrarnos de él lo suficiente.

Fue toda una lección, y la convertí en una especie de estribillo que me acompañó en mis años venideros. Durante décadas tuve la oportunidad de encontrarme una y otra vez con Hrabal y aprender que esta filosofía suya fue el hilo rojo que atravesaba toda su obra: uno puede imponerse sobre todo lo malo y terrible que le trae la vida, hasta puede triunfar sobre la muerte, mientras no se deja quebrantar. Esta era la sabiduría y la madurez hacia la que me iba acercando con la ayuda del escritor, lentamente, con dificultad y a trompicones.

Hrabal describió muchos horrores y bestialidades de la vida sin asomo de depresión o desesperación; al contrario, nos enseñó a prepararnos para aguantar sus durezas sin perder el sentido del humor. Su amor por la vida fue sobrio: no la separaba de la muerte; y su amor por la gente estaba desprovisto de cualquier sentimentalismo: amaba a las personas tales como eran, con sus fallos y sus vicios.

De las interminables habladurías que se oyen en las tabernas, que para mí no eran sino un montón de palabras, Hrabal fue capaz de extraer unas verdaderas perlas de la sabiduría y del conocimiento. Sus ojos de diamante veían a los seres humanos desde un prisma de afecto auténtico y nada fingido, aunque desprovisto de cualquier sensiblería.

Durante los últimos años de su vida, yo no buscaba su compañía con demasiada frecuencia. Le tenía miedo. El escritor solía dar la bienvenida a sus visitantes mandándolos al diablo y, a mí, esto me costaba soportarlo. En cambio, una vez se tranquilizaba, me dispensaba palabras amables y se disculpaba diciendo: «No es que yo sea tan malo. Lo malo es mi enfermedad». Su dolencia le humillaba. Era un hombre y le costaba aceptar el poder que el dolor tenía sobre él y la propia impotencia de cara a la enfermedad; era por eso que se refugiaba en una especie de

fanfarronería. Rechazaba cualquier expresión de lástima y de compasión con una fingida brutalidad, bajo cuya superficie ocultaba su timidez. Temía que la enfermedad podría romper su fe y luchaba contra ello a su manera. En las horas de soledad, cuando lo que le quedaba por compañía eran sus dolores, reflexionaba sobre la muerte. Lo sé bien.

En el último año de su vida dejó de escribir y su vida se convirtió en un monótono ritual diario. Por la mañana se iba en autobús de Praga a su casa de campo en Kersko para dar de comer a sus gatos; se quedaba allí hasta la tarde, descansando al lado de la estufa para paliar el dolor. A media tarde regresaba a la capital y aparecía en El Tigre de Oro, la conocida cervecería praguense, para pasar unas horas con sus amigos. Por la noche se refugiaba en la soledad de su piso, en una casa de paneles prefabricados, miraba la tele y esperaba que llegara el anhelado sueño. Hacía todo eso con unos incesantes dolores en los pies, la espalda y la cabeza. El sufrimiento, que le ahogaba, había convertido a ese apasionado de la vida en un ser indiferente hacia su entorno.

Solía visitar a Bohumil Hrabal en el hospital en el que estaba ingresado durante el último tiempo de su vida. No se alegraba: sufría y estaba solo.

El último día que fui a verle, él seguía con su dolencia pero sonreía y se le veía tan feliz como no lo había estado desde hacía tiempo. Con enorme satisfacción me enseñó el libro de Monika Zgustova, aún sin traducir al checo. Lo abrazaba y lo apretaba contra su pecho, luego hojeaba el libro una y otra vez. Estaba tan eufórico como, años atrás, en las fiestas sibaritas que organizaba en su casa de campo. Nunca había sido un hombre vanidoso, pero el libro le llenó de júbilo. Sobre todo por tantas cosas nuevas que aprendió sobre sí mismo.

Más tarde pude leer la biografía en checo. Qué curioso, pensé: Monika conoció a Hrabal ya de mayor, y el

resto lo aprendió sobre él a través de su obra. Y aun así, su biografía me descubrió muchas facetas del escritor que no solo ignoraba sino que no sospechaba ni por asomo que existieran, a pesar de haber sido su amigo durante largos años. Y es que Hrabal era en apariencia duro y masculino; en cambio, en compañía de las mujeres solía volverse una persona suave y algo más abierta. Y Monika no solo es atractiva, sino que posee una inteligencia especial. Tal vez es gracias a esa intuición femenina, además de su excepcional perceptibilidad, que el libro que tienen en las manos es mucho más que un mero análisis literario o un simple estudio biográfico de un autor conocido. Se trata de una verdadera inmersión en el alma de un hombre extraordinario realizada a través de una sensible mirada de muchacha.

Jiří Menzel
Octubre 2013

Nota

Este libro es fruto, principalmente, de las conversaciones y entrevistas que mantuve con Bohumil Hrabal. A lo largo de los cuatro años que duró la preparación de este texto, me reunía con él en su casa inmersa en los bosques de Kersko o, más a menudo, compartía sus cotidianos ratos en las cervecerías del barrio antiguo de Praga. La mayoría de las citas y de los datos, los recogí, pues, de boca del mismo Hrabal. Otras citas están extraídas de las «Obras completas de Bohumil Hrabal». El resto de las obras consultadas figuran en la correspondiente bibliografía al final del libro.

Además de dar las gracias a Bohumil Hrabal, quisiera agradecer el hecho de haberme proporcionado informaciones inéditas, que me fueron muy útiles, a Věra Sýkorová-Marysko, Susanna Roth y Jiřina y Josef Zumr; a Josef Hiršal, Vladimír Karfík, Karel Šiktanc y Tomáš Mazal, además de los antes citados, por haber leído el texto entero y, con sus correcciones y sugerencias en cuanto a los hechos y al estilo, haberme ayudado a elaborar la versión final del presente libro; a Jiří Kolář, Jan Vladislav, George Gibian, Marie y Vladimír Vodička, Claudio Poeta, Václav Kadlec, Madla y Ludvík Vaculík y Andrea Pilařová por su ayuda en numerosos aspectos a la hora de preparar este texto; a Jiřina y Josef Zumr, Věra Sýkorová-Marysko y Tomáš Mazal por haberme proporcionado fotografías de su archivo.

Agradecimientos cordiales a April Gifford, con quien pasé un día maravilloso en Washington, mientras ella me contaba su historia con Hrabal.

M. Z.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

El hombre con el cubo de estiércol

Es el día primero de mayo, a principios de los años cincuenta. La pequeña ciudad de Nymburk –como todos los pueblos y todas las ciudades de esa parte de Europa que, unos años atrás, se convirtieron en comunistas– celebra la Fiesta del Trabajo. Los obreros de las fábricas, los empleados de las empresas estatales, endomingados, se han puesto en filas y marchan por las calles adornadas para la fiesta con flores de papel y banderitas checoslovacas y soviéticas. Los escolares y los estudiantes cierran la procesión, todos vestidos con los uniformes de la juventud comunista: camisas azules o blancas, pañuelos rojos de tres puntas atados al cuello.

La procesión pasa por la avenida principal, después gira a la derecha; y entonces, de repente, un extraño caos se introduce en el orden rígido de las filas, las muchedumbres susurran, señalan algo con el dedo, sonrían, los niños y los estudiantes se tronchan de risa y dan saltos para ver mejor: de una bocacalle acaba de salir un hombre vestido con una camisa de cuadros, un mono y un casco de obrero; del extremo de un largo palo, que lleva apoyado en el hombro, cuelga un cubo que desprende un insoponible hedor a excrementos: el hombre está limpiando el pozo de la letrina y se lleva la porquería. Lentamente, el cubo procede al encuentro de los ciudadanos vestidos de fiesta, se balancea de un lado a otro, y los participantes de la procesión se olvidan de agitar las banderitas y las

flores de papel; con la boca abierta miran el cubo apestoso y, mareados, se hurgan los bolsillos buscando un pañuelo. Como si estuviera solo en el mundo, el hombre con el cubo en lo alto da la vuelta a la esquina y se aleja, majestuosamente, llevando su carga al campo. Como se arrastra la cola del traje de un rey, un velo apestoso sigue al hombre del cubo: su extraña sombra. Él también celebra su fiesta particular: limpiar la letrina y transportar los excrementos representa para él una especie de misa filosófica; en ella, él es el sacerdote que rinde homenaje al ciclo de la vida, trajinando lo humano allá de donde surgió. Lleva a los campos un cubo tras otro y, sin prisa, vierte ceremoniosamente su contenido sobre la tierra como abono. Se deleita ante la belleza de su rito anual y, en aquel instante, hasta la condición humana con sus metamorfosis le parece sublime.

El hombre que cada año, el día primero de mayo, limpia el pozo negro de la letrina y luego lleva los excrementos nauseabundos en un cubo al campo es Bohumil Hrabal.

Primera parte

La luz

Mucha luz: alguien coge a un niño pequeño por los codos, lo levanta, lo sube más y más, hasta llevarle adonde el niño nunca había estado, la cara del desconocido se vuelve cada vez más grande, llega a convertirse en terrorífica... y de plena desesperación, el niño, en defensa propia, con todas sus pequeñas fuerzas golpea ese rostro extraño...

Una mañana soleada y sonriente en la habitación del niño; a través de la ventana entreabierta, la brisa juguetona hincha las cortinas de encaje; al niño le gusta esa luz y ese silencio. De repente en la ventana aparece una mano, abre la ventana un poco más y deja en el alféizar un objeto verde; el niño pequeño de un añito se asusta y llama a su abuela, quien coge el pequeño paquete verde y lo abre para enseñárselo al crío bañado en lágrimas: es un trozo de mantequilla, envuelto en una hoja de parra. Dos veces a la semana el niño espera, divertido, lleno de curiosidad y algo asustado, la aparición de la gordita mano de mujer y del objeto misterioso cubierto por una hoja de parra.

El sol despierta al niño, que abre los ojos, oye voces, gritos, los pesados pasos de unas botas con espuelas. Se frota los ojos, se acerca a la ventana y en la calle ve un

grupo de hombres uniformados; son soldados que rodean una fuente, el agua brolla y chisporrotea con el sol, los militares se acercan a ella, cogen esos colores de arcoíris en las palmas de la mano y se los echan en la cara, en el pelo, en la nuca, y luego, completamente mojados, se ponen en fila y suben al campo de ejercicios... y el niño se enamora de esas gotas resplandecientes, se sumerge en ellas, el agua le hechiza, desde la primavera hasta el otoño se baña en el río... el agua y la luz... el agua y el sol... el agua y el fuego...

De las entrañas de la cuna el niño ha salido tambaleándose al patio soleado con un florero de cristal, grande y pesado, en los brazos. Con gran esfuerzo lo levanta para contemplar su brillo contra el sol, cómo reluce la luz en el cristal tallado y se multiplica. Y en ese instante ve a su madre que corre casi doblada hacia delante con los brazos estirados para coger el florero; y es entonces cuando el niño suelta ese florero resplandeciente, que se hace añicos contra el suelo de cemento del patio... Mamá, ¡pum!, dice.

«Con el dedo señalo mi máscara»

Roland Barthes

Un día de la primavera de 1914, los periódicos escribieron sobre un acontecimiento político de máxima importancia: en Terst, el emperador de Alemania, Guillermo II, se había reunido con el archiduque austríaco, Francisco Fernando. El imperio alemán se preparaba para probar su suerte bélica. Soñaba con conquistar el mundo y la Primera Guerra Mundial se dibujaba en el horizonte. Ese día, un 28 de marzo, había nacido él, de madrugada.

La tormenta se fraguaba sobre Europa. Sobre la vida de Bohumil, la tormenta se había instalado ya antes de su nacimiento. Un día, precisamente un domingo a mediodía, su madre, una chica joven que entonces vivía su primer amor, tras una larga lucha interior, anunció a sus padres que estaba embarazada. Su padre, con mucha rabia, la arrastró de la mano al patio y la apuntó con el fusil rugiendo: «¡Arrodíllate, te voy a matar de un tiro!». Por suerte, en ese momento salió al patio su mujer, que conocía perfectamente los estallidos de cólera de su marido, y dijo: «¡Venga, ya es hora de comer y la sopa se enfría!».

Ese episodio, en el que Hrabal insistía, y por lo tanto intentaremos creerle, acompañará a Bohumil toda la vida; tanto cuando era niño como cuando era mayor, nunca dejó de ser asustadizo. «Mi mundo se reduce a la vida en un vientre extramatrimonial y a una sensación de miedo permanente, que solo he intentado superar escribiendo», confesó ya en su madurez. No será hasta cinco décadas más tarde, cuando se encontrará, aunque solo indirectamente, con su verdadero padre que no se había casado con su madre: los primeros años de su vida, el niño los pasó en casa de sus abuelos y solo cuando tenía tres años fue a vivir con su madre y su marido, que adoptó al niño. Cuando ya era un escritor conocido, se encontró, con su hermana —la hija del padre con otra mujer—, cuya existencia había ignorado hasta entonces: el encuentro tuvo lugar en los años sesenta, cuando Hrabal iba a participar en una tertulia literaria con sus lectores en su ciudad natal, Brno. Cuando subía la escalera que le conducía a la sala de conferencias, en el rellano le esperaban un hombre y una mujer; el hombre le dijo: «Me han encargado... Usted es el señor Hrabal, ¿verdad? Un amigo mío, un exoficial del ejército austrohúngaro, me ha encargado que le comunique que usted es su hijo. Y esta es su hermana... Mi amigo dice que le duele mucho no

haber podido casarse entonces con su madre, pero le llamaron al campo de batalla, a Galitzia; mire, aquí tiene su foto como oficial austríaco con la capa, aquí lleva el uniforme. Más tarde, después de la guerra, su madre ya se había casado, pero claro, usted es de la sangre de mi amigo, su verdadero padre, un exoficial austrohúngaro, que ya es un hombre viejo, y lo siente mucho, pero ya se sabe, la vitalidad de aquella época, la sangre joven del imperio austrohúngaro...». Hrabal observó a su hermana, quien tenía también los pómulos salidos y la misma cara de gato que él. La hermana le dijo: «Mi padre tenía miedo de presentarse ante usted, no sabía si le perdonaría, pero ¿por qué no viene a vernos mañana? ¿Verdad que vendrá a ver a mi padre?». Y Hrabal siguió subiendo la escalera hacia la sala de conferencias sabiendo que no iría a ver a ese padre; sabía que ese padre no era el auténtico, su verdadero padre era para él el que le crió y le quiso, aquel padre que siempre tenía un sentimiento de culpa por su mujer y que le contagió ese sentimiento a su hijo, quien no cesaba de experimentar la culpa que hacía sufrir a su padre adoptivo y a su madre, cuyo fruto era él mismo y así tenía siempre presente esa culpa. Bohumil, inocente de hecho, siempre se sintió culpable, constantemente huía de una culpa que se le había metido dentro como una carcoma voraz incluso antes de haber nacido. Así por lo menos se explica él mismo la «culpa metafísica» que le acompañará siempre.

En adelante, para disimularla, se identificará a lo largo de su vida con las palabras de Roland Barthes: «Camino hacia delante, pero con el dedo señalo mi máscara que me he puesto como un actor que decide hacer el payaso...».

La abuela

La glorieta... En casa de sus abuelos en Židenice, en las afueras de Brno, la capital de Moravia, donde el niño pasó los tres primeros años de su vida y luego, cada año, dos meses de vacaciones, incluso cuando era universitario, le gustaba sentarse en la glorieta cubierta de hojas de parra, observar el jardín lleno de toda clase de flores, las mismas flores que solía ver los domingos en la iglesia, adonde acudía en compañía de su abuela a oír la misa mayor. Durante las vacaciones de verano, era en esa glorieta donde comía con sus abuelos, la glorieta era su capilla, en ella pasaba las tardes leyendo y al final del día incluso cenaba allí. Comía en un plato esmaltado de hojalata y a medida que se terminaba la ración, en el plato iban apareciendo fresitas rojas pintadas con sus hojas verdes y amarillas; en una de las paredes de la glorieta, encima de un banco, colgaba la foto de un señor con un sombrero, puesto de perfil; solo cuando fue mayor, Hrabal reconoció en ese señor la inconfundible imagen de Wagner... cuya ópera *Tristán e Isolda*, más adelante, Bohumil escucharía una y otra vez. Será la música de ese compositor la que le introducirá en los misterios del amor y la muerte.

Cuando era un niño de dos o tres añitos, la abuela le llevaba a la viña; le dejaba allí, sentado al sol, encima de la hierba, mientras ella binaba las patatas, los manzanos, las alubias; el niño jugaba con las flores, cogía puñados de tierra y la olía, y cuando el movimiento del sol le dejaba en la sombra, la abuela le colocaba un poco más allá, en la hierba, otra vez a pleno sol. Así el niño aprendió a buscar el sol por su cuenta, y a amarlo; incluso cuando hacía mucho calor y la abuela estaba sentada descalza en la sombra, el niño sonreía a los rayos del sol agobiante

del verano, desde donde su abuela le parecía ser algo oscuro, con el rostro negro bajo el pañuelo que le tapaba la cabeza... Su abuela sabía trepar por los árboles, sus manos asían las ramas y recogían ciruelas rojas y claudias que se metía en el delantal sujeto por las puntas; mientras, el niño miraba a lo alto, observaba cómo los pies descalzos de su abuela trepaban más y más arriba, temblaba y solo se calmaba cuando su abuela se dejaba resbalar desde la copa del árbol y ¡pataplum!, sus pies desnudos golpeaban el suelo, y luego soltaba el delantal y vertía las ciruelas rojas o las claudias en el cesto. A partir de entonces al niño le encantó caminar descalzo, desde la primavera hasta el otoño dejaba los zapatos en casa. Para siempre, el sol le tuvo el corazón robado: era a pleno sol donde más tarde estudiaba y más tarde aún escribía sus poemas, sus cuentos, sus novelas.

Un día ocurrió algo terrible: el niño pensaba que se moriría: su abuela fue a buscarle a una habitación donde se encontraba a gusto, donde el sol entraba de lleno, donde, cada cuarto de hora, un reloj de péndulo tocaba solemnemente el paso del tiempo, donde encima de las camas colgaba el retrato de un joven de buena planta con la barba bien cortada y con el corazón pintado de un rojo encendido, rodeado de espinas, y encima de la otra cama una joven mujer alzaba los ojos hacia el techo con la mirada perdida y en el corazón guardaba un pequeño ramo de flores azules; al pie de las dos camas, una marta y un pájaro carpintero disecados miraban de hito en hito al niño con una mirada severa y fija, y en otra pared el niño pequeño iba descubriendo con miradas llenas de curiosidad el misterio de la pintura moderna: un cuadro, que visto de cerca estaba repleto de manchas, de lejos revelaba la cara de un hombre con un gorro, cuadro del que más

tarde se enteró que se trataba de una obra del pintor Josef Šíma que se lo había regalado a su madre para su boda...

De esa habitación, pues, la abuela se llevó al niño cogido de la mano; y ¡pum!, de golpe el pequeño se encontró ante un hombre extraño, enfundado en una especie de enorme falda negra, que lo apuntaba con algo y él se imaginó que el hombre quería matarle de un tiro, que aquel aparato era algo parecido al fusil de su abuelo, que también estaba colgado en la habitación soleada de donde la abuela le había sacado y que también le daba miedo. El hombre con la falda negra se acercó con su aparato al niño, a quien le dio un ataque de pánico y, llorando a moco tendido, huyó; la abuela corrió detrás de él, lo abrazó por la cintura, el niño pataleaba, la abuela reía incomprensiblemente, y el hombre metió incluso la cabeza en la falda negra y desapareció, mientras el niño lloraba como una magdalena... Más tarde, cuando se vio a sí mismo llorando y a su abuela cogiéndole por la cintura, descubrió que se trataba de una fotografía...

Su habitación infantil, donde nació, era para él la sala de un castillo, llena de cuadros, llena de plantas y una mesa cubierta de terciopelo, donde también había un libro encuadernado en piel y estampado en oro... El álbum de familia, que despertaba en él un cierto miedo. A través de las ventanas veía un campo de maíz y varios frutales y una ladera cubierta de viñas, en cuyo centro estaba el huerto de su abuela...

Otras ventanas de la sala de los abuelos en Židenice daban a la calle de donde con frecuencia llegaba una música triste. El niño se comía con los ojos las escenas de la calle: tres o cuatro veces al día subía por allí una procesión fu-

neraria; al niño le asustaban los caballos cubiertos con ropajes negros y el carruaje negro y brillante; la procesión se detenía justo frente a su ventana porque a partir de allí la calle subía abruptamente; el encargado, con la cabeza cubierta con un espléndido plumaje negro, colocaba un ladrillo detrás de una de las ruedas para que los caballos descansasen; el niño contemplaba el noble ataúd y sobre todo a los parientes endomingados y retorcidos de llanto, y él no acababa de entender por qué las personas, cuando alguien moría, se retorcían llorando y les daban ataques. La muerte, con la que se relacionaba, pues, estrecha y cotidianamente, se convirtió para él enseguida en un misterio impenetrable que los vivos celebraban con ceremonias cuya rara belleza ignoraban, pero que quedó grabada para siempre en el niño Bohumil, como la belleza incomprensible que despierta lo terrible.

El abuelo

En uno de esos entierros le tocó participar en persona. Entonces ya era un chico espigado; llegaron parientes, enjambres de familiares irrumpieron en el dormitorio y hacían gestos desesperados con las manos y los brazos alzados, gemían y lloriqueaban y se echaban encima del cadáver y lo besaban, y ese cadáver era todo lo que quedaba de su abuelo. Yacía en el ataúd, amarillento y hecho un palillo, y soltaba un tufo dulzón... y entonces trajeron una tapa y cerraron el ataúd, pero no lo suficientemente bien, porque al bajar la escalera, que era muy empinada, el cadáver del abuelo resbaló del féretro y se deslizó escalones abajo, totalmente rígido como un viejo muñeco; entonces los encargados tuvieron que volver a guardar en la caja de muerto, entre los chillidos asustados

de los parientes, al abuelo que parecía un juguete que un niño hubiese abandonado al no encontrar en él ningún entretenimiento... Los familiares salieron a la calle con el horror pintado aún en el rostro, la procesión se ordenó, los músicos se pusieron a tocar y todo el mundo iba vestido de negro; subieron la calle, descansando cuando los caballos estaban cansados o cuando la charanga tocaba «Moravia, Moravia», la canción que el abuelo más quería. El niño tenía lágrimas en los ojos, ahora él también lloraba a lágrima viva y se retorció de dolor; y comprendió entonces que solo la propia desgracia, la desgracia que vive uno mismo, es una desgracia real...

A ese abuelo, que iba siempre con una flor en el ojal de la americana, que era un azogue y salía todas las noches, un día a cantar en una coral, otro a jugar a las cartas, otro día a la reunión de la asociación de bomberos y los sábados y los domingos a cazar, a ese abuelo que siempre silbaba y cantaba y era alegre como unas castañuelas, pero que de vez en cuando le daban ataques de cólera durante los cuales tiraba al suelo, pisaba, rompía y hacía jirones todo lo que tenía a mano, a ese a quien la abuela, cuando le daban los ataques, le pasaba una hacha y sacaba del cobertizo un mueble viejo para que el abuelo lo hiciera añicos y escupiera así su furia a golpes de hacha, a ese abuelo, que entró en la literatura de Hrabal como una figura cómicamente encolerizada, le corría por las venas sangre francesa.

El juego de las contradicciones

Ya en la vejez, Hrabal confesó que su sangre era también francesa, le enorgullecía ser el descendiente de un soldado

del ejército de Napoleón, que fue herido en Austerlitz, de donde le rescataron unas campesinas moravas y le curaron tan bien que el soldado tuvo con una de ellas un hijo y se quedó allí con ella. Además, confesaba con confianza, que sus pómulos salidos demostraban que pertenecía a ese grupo de habitantes de Moravia, cuyas mujeres quedaron embarazadas de los conquistadores ávaros y tártaros y magiares... Y Hrabal identificaba la complejidad de su propio árbol genealógico con el destino de su país, durante mucho tiempo ocupado por toda clase de pueblos nómadas de origen mongólico o turco y, ya en vida de Hrabal, por los ejércitos alemanes y luego por los soviéticos, un país demasiado hermoso para pasar inadvertido a sus vecinos más fuertes que siempre han intentado apropiarse de él...

Por la sangre de Hrabal circulaban, pues, glóbulos franceses, magiares, tártaros y ávaros, y él, ya anciano, se halla de pie y mira a lo lejos, hasta llegar a la temprana historia de su nación y al mismo tiempo examina su vida desde la infancia, e incluso antes... Y las contradicciones se suceden... Y piensa en la época en la que se casó su abuela materna Kateřina –de Moravia, al igual que toda la familia de Hrabal– y, al mismo tiempo, la madre de esa abuela daba a luz a una niña. El hijo mayor, Methud, insultó a su madre porque le parecía de mal gusto eso de dar a luz cuando casas a una hija. Ambos hijos de Methud nacieron mudos. Él empezó a frecuentar la iglesia y a rezar pensando que los hijos mudos eran un castigo por haber insultado a su madre. Una prima lejana de Hrabal, Milada, se casó con un carnicero que pertenecía a una familia de carniceros de toda la vida, pero cuando murió su hermano mayor, al cuasi cura le llamaron a casa para convertirle en carnicero. Milada le ayudaba en la carnicería hasta la llegada del Ejército Rojo; entonces se hizo comu-

nista, a partir de 1948 fue gerente de una empresa nacionalizada y de la carnicería no quiso saber nada más. El primo de Hrabal, Václav, durante la ocupación de los nazis cantaba ópera alemana. Después, con la llegada de los comunistas al poder, se hizo miembro del Partido Comunista. Ese es un fragmento de la amplia familia de Hrabal; aquí también se halla el juego de las contradicciones que atraviesa la vida del escritor y la enriquece, el juego de las contradicciones en el cual, como escritor, basó su visión trágico-cómica del mundo, su ironía descreída y su profunda comprensión de la incoherencia y la inconstancia del alma humana.

Correr, huir, desaparecer, hundirse...

Desde la infancia, con frecuencia se echaba a correr por un camino de tierra para luego dejarse caer boca abajo, como si quisiera clavarse el polvo y la arena en la piel, en la carne, y fundirse en ellos... Así se igualaba con su mota de polvo. Desde pequeño se quemaba con el fuego y se bautizaba con el agua; el agua, cualquiera que fuese, era para él agua bendita. Desde pequeño le gustaba oler la tierra, y adoraba el aire, el aire lleno de rayos solares, y con placer cerraba los ojos, «como si alguien de un mundo más elevado me acariciara con la melena perfumada de una muchacha...».

Las huidas

Año 1917. Polná, un pueblo del altiplano de Moravia, una pequeña ciudad construida alrededor de una plaza

muy grande en la que se erige, casi hasta las nubes, piensa el niño, una iglesia gigantesca con un campanario donde, tocando el cielo, está colgado un gran reloj negro con agujas doradas. En la plaza hay una fuente barroca, una columna de la peste... y una fábrica de cerveza donde vive la familia Hrabal. El pequeño Bohumil está sentado en la penumbra de la cocina y mira el patio soleado; ve entrar a un hombre vestido con uniforme militar gris, con gorro de soldado. El hombre baja los escalones, iluminado por el sol, después desaparece y luego su uniforme vuelve a desaparecer en la cocina; alguien, tal vez la madre, le dice al niño por primera vez que ese hombre, su marido, ahora es su padre.

La guerra. Enjambres de mujeres con pañuelos de lana atados bajo la barbilla esperan en largas colas que llegue el pan; el padre de Bohumil reparte los vales. El niño no entiende qué es eso de la guerra, pero tiene ganas de consolar a esas mujeres que hablan en voz baja, preocupadas por la calidad del pan. Para alegrarlas, Bohumil, que tiene tres años, les dice: «Yo ya sé cómo va la cosa: los pobres reciben pan de maíz y los ricos pan blanco. Y fíjense bien, ¡nosotros tenemos una caja de azúcar guardada debajo de la cama!».

En la fábrica de cerveza apareció una mujer enorme vestida de negro, con unas botas grandes con cordones. El niño ha de mirar muy arriba para verle la cara, y tiene la sensación de observar el reloj del campanario de la iglesia de la plaza, tan oscuro es el rostro de la mujer que llega al techo. De golpe, con la mujer, aparece en la cocina un cestito blanco de mimbre y toda la cocina se llena de la blancura de los pañuelos y los pañales que están tendidos

en una cuerda blanca; la alegría reina en la cocina, se abren las ventanas y el viento que entra juega con los pañales. Le dicen al niño que ha nacido su hermanito, Slávek; desenvuelven el paquete blanco con el recién nacido, lo cambian, lo envuelven otra vez y lo atan con una faja. A partir de ese momento el pequeño Bohumil se siente perdido: todo el mundo anda en danza alrededor del chiquillo en pañales, incluso en el patio soleado se agitan pañales blancos tendidos, y la mujer gigante, que se llama María, camina a lo largo de la hilera blanca, recoge los trozos de tela y los guarda en un cesto. La colosal María no le sonríe nunca a Bohumil, al verle pone cara de vinagre; en cambio, María está loca por su hermanito, siempre está inclinada encima de la mesa sobre la cual descansa el pequeño paquete envuelto en un edredón y atado con una faja azul celeste, María ríe y dice ¡ti-ti-ti!, se come a besos al pequeño y, con una sonrisa radiante, le envuelve todo entero.

El niño Bohumil se escapaba a menudo de casa; le gustaba asistir a los entierros. Eso le permitía recordar aquellos que había visto desde la ventana de casa de su abuela. Iba a los entierros vestido con una chaqueta roja con dos hileras de botones dorados y un sombrero duro adornado con plumas de gallo –al verle así la gente reía, porque ese disfraz formaba parte del uniforme de la policía austro-húngara y el sombrero le tapaba al niño hasta las orejas–, mientras que él, Bohumil, totalmente serio, marchaba en las procesiones, siempre entre los músicos, envuelto en el chillido ensordecedor de las trompetas; efectivamente, tenía la impresión de que la música funeraria chillaba. Después acompañaba a los músicos a tomar una copa en una taberna, se sentaba entre ellos y mientras tocaban la trompeta, el niño sorbía sus licores. Cuando tenía cuatro

años, un día regresó a la fábrica de cerveza más alegre que unas pascuas, se sentó en el taburete debajo de la lámpara que estaba colgada de una cadena y observaba las cabezas que se inclinaban hacia él, el grupo se balanceaba y él no podía ni desabrocharse los zapatos porque todo le daba vueltas, las oscuras paredes de la cocina, las caras iluminadas de la gente y la luz, y entonces soltó un grito: «¡Que se detenga el taburete, parad el taburete!». La gigante María dijo: «Está piripi, el bobo...».

Visitar tabernas, beber con la gente y escuchar sus conversaciones se convirtió en una de sus actividades predilectas.

Con mucho gusto se escapaba, huía de casa. Un día llegó hasta la estación de tren y se quedó devorando con los ojos todas aquellas locomotoras brillantes y los vagones multicolores; salió un tren y un viajero que se había bajado de él tiró su billete usado. El niño de tres años esperó a que el hombre se alejara para recoger el billete y se subió al primer tren que se detuvo en la estación. Cuando pasó el revisor, el niño le alargó el billete y al preguntarle a dónde iba, contestó: «A ver a mi abuelita». Le obligaron a bajar en la siguiente parada y el jefe de estación le mandó en el primer tren de vuelta a Polná.

Otro día llegó a la cervecería un camión; el niño se introdujo a escondidas en un barril vacío que estaba en el remolque y cuando el vehículo se puso en marcha, al niño le entró sueño y con las sacudidas se adormiló. Al despertarse vio al chófer, el señor Brabec, que estaba de espaldas a dos dedos de él, conduciendo. Por detrás le rascó la oreja y le dijo para alegrarle: «Señor Brabec, estoy aquí...».

Esas fueron sus primeras huidas: se escapaba de su casa, de sus padres y, sobre todo, de sí mismo; esas escapadas determinaron su vida llena de huidas inacabables, que se pueden resumir con el verso de Baudelaire que tan-

to le gustaba a Hrabal: *Il me semble que je serais toujours bien là où je ne suis pas*, (Me parece que siempre estaría bien allí donde no estoy).

Llegó el final de la guerra. La gran plaza se llenó de gente y todo el mundo gritaba y cantaba y bailaba, todo el mundo tenía la cara roja y exultante como en una boda, las banderas se agitaban en el aire, pero eran diferentes de las anteriores y todo el mundo cantaba y gritaba «¡Viva!». El suelo de las calles estaba lleno de águilas austríacas, el símbolo del imperio derrotado, y la gente las pisaba y escupía encima de ellas. El niño no entendía nada y recogía las pequeñas águilas del suelo. De golpe vio una gran águila negra que alguien había arrancado del portal del ayuntamiento, y la multitud, muy animada, le pisoteaba las alas; en la plaza la muchedumbre quemaba las banderas amarillas y negras del imperio austro-húngaro, llegaban más y más soldados y arrancaban las insignias de sus gorros militares y las pisoteaban con sus pesadas botas. Al niño de cuatro años, Bohumil, la gente también le llenaba de besos y le abrazaba y vociferaba: «¡Se acabó la guerra!». Pero él no entendía nada, se sentía triste porque entre todo aquel embrollo su chaqueta roja con botones dorados y el sombrero con plumas rojas pasaban inadvertidos, y solo se dio cuenta de que aquella fiesta espontánea significaba que se había terminado la guerra cuando alguien le arrancó su sombrero de la policía austríaca, adornado con plumas de gallo, y antes de que el niño pudiera protestar, lo dejó hecho picadillo; con tanta cólera lo pisoteó, justo debajo del gran reloj negro del campanario.

La autora y la editorial quieren agradecer al Archivo Nacional Checo (Památník Národního Pisemnictví) la cesión de las fotografías reproducidas en el encarte de imágenes, en las que se ha indicado su procedencia.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: abril 2014

© Monika Zgustova, 1997, 2014
Por la reproducción de «Bambino di Praga» y «La flauta mágica»: © Bohumil Hrabal
Estate, Zúrich, Suiza, 1950 y 1989, respectivamente
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B. 24109-2013
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-95-3
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5821-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)